

singular, su fortaleza admirable, su paciencia á toda prueba, su conformidad con la voluntad divina, sería necesariamente objeto de sus alabanzas, y los fieles no podrían menos de entusiasmarse por las glorias de tan privilegiada criatura á la que plugo á la Omnipotencia adornarla y enriquecerla con tales magnificencias. ¿Y podrían olvidarse de la preciosa cláusula del Testamento del Salvador, en la que nos la dejó por Madre á todos los mortales? De ningún modo. Si María habia aceptado la maternidad humana y los Apóstoles lo sabían, no podían privar á los fieles del consuelo que por tales relaciones con la Madre de Dios podían recibir. Hablar de la maternidad de María para con los hombres, y no decir nada acerca de su poder de intercesion, de la bondad de su corazón y su patrocinio, eran cosas que debían ir unidas estrechamente. De consiguiente donde quiera que era reconocida la divinidad de Jesucristo, era alabada y bendecida la purísima criatura en cuyo seno virginal se verificará su Encarnacion.

Do quiera pues que era anunciado el Evangelio, empezaba á tener cumplimiento aquella bella Profecía de la Madre del Salvador: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada*. Puede decirse pues que su devocion, lejos de haber sido el delirio de los cristianos del siglo IV, como néciamente quieren suponer los enemigos de sus glorias nació con la Iglesia.

Una observacion hace Augusto Nicolás en la introduccion á su hermosa y escelente obra titulada: *La Virgen María y el Plan Divino*, que confirma cuanto venimos diciendo. Hé aquí como se espresa este moderno cantor de las magnificencias de María. «Lo perteneciente á la Santísima Virgen ha sido objeto muy tratado. Este asunto que se piensa ordinariamente no prestarse sino á emociones pia-

»dosas, sin ser capaz de sostener la atencion del espíritu, es
»tal vez la materia sobre que mas se ha ejercitado la inte-
»ligencia humana. Nosotros conocemos un catálogo, aun no
»acabado, de los libros que ha producido, y que presenta
»ya cuarenta mil volúmenes la mayor parte en *cuarto* y en
»*fólio*. Y entre estos monumentos elevados á la gloria de la
»humilde María, los que mas se encumbran en loor suyo y
»que mas rivalizan en su devocion, estan firmados por los
»nombres mas sublimes y puros que hayan brillado en el
»mundo: San Agustin, San Anselmo, Alberto Magno, San
»Bernardo, el cardenal Berulle, Bossuet, Juan Gerson, por
»no señalar sino los mas devotos é ilustres. Pero de entre
»todas estas obras tan numerosas y algunas hermosísimas,
»de entre todos estos trabajos que vé florecer y producirse el
»Mes de María cada año cual ramillete de flores mas tempranas ó mas tardías, no conocemos un solo libro ú obra que
»no suponga ya la devocion á la Santísima Virgen en el alma
»del lector, y que no tenga por objeto satisfacerla.» De esta observacion deduce el inimitable escritor consecuencias que nos demuestran que el culto de María pertenece á los siglos de la fe, á los tiempos primitivos del Cristianismo, por lo que este asunto, añade con tanta gracia como verdad, se trata siempre á la moda antigua.

Se nos dirá que desde muy antiguo fué combatido el culto de María, pero estas mismas contradicciones nos prueba que ya existia ese culto y esa devocion. Era necesario que hubiera algun pequeño eclipse para que apareciese con mas brillo y esplendor. Nunca aparece el sol mas brillante y hermoso á nuestra vista que cuando se presenta despues de algunos dias de oscuridad y densos nubarrones. Así Dios ha permitido que su Iglesia, en sus dogmas y en su moral esperimente contradicciones terribles, porque las

defensas hechas por los varones que ha suscitado segun las necesidades de los tiempos, dotados de ciencia y de virtud le habian de dar nuevo lustre y esplendor.

Siempre, lo repetimos con gloria y con el mayor júbilo de nuestro corazon, ha sido la Virgen María conocida y honrada por los cristianos, por mas que de una manera perfecta haya sido conocida tan solamente de los Santos, y por aquellos á quienes ha querido revelarse el Espíritu Santo. Nosotros tenemos la dicha de vivir en un siglo que puede apellidarse el siglo de María, porque en él ha querido Dios manifestar al mundo las glorias de su Madre. La declaracion dogmática del Misterio de su Concepcion Inmaculada, ha sido una nueva perla que la mano del Santo Pontífice Pio IX ha colocado en la diadema de la Señora del cielo y de la tierra. No diremos que estaba amortiguada la devocion de la Virgen, pero si hemos visto que de un modo prodigioso se ha alentado de tal suerte, que en todos los pueblos cristianos se oye un continuado grito de entusiasmo por sus glorias y sus privilegios. Cada dia se forman nuevas congregaciones que tienen por objeto el tributarle cultos, é implorar su proteccion y amparo. Hemos visto en nuestros dias nacer la devocion del mes de las flores, y cada año se abraza en nuevos pueblos donde es conocida, y multitud de altares donde aparecen bellas imágenes de María, se cubren de odoríferas flores, y entusiasmados los fieles hacen resonar bajo las bóvedas de los templos preciosas letrillas, en loor de la que es el *Consuelo de los Afligidos*. Y no tan solamente son jóvenes los que rodean los simulacros de María: no; cristianos de toda edad, sexo y condiciones, acuden presurosos á tomar parte en la comun alegría; el decrepito anciano que agoviado por el peso de los años, necesita un apoyo para mover sus piés, la doncella

en cuya mente bullen las ideas del amor, el tierno parvullito que juguetea aun sobre el regazo materno, forman un coro con el valiente militar que terrible al enemigo en el campo de batalla se encuentra aprisionado ante la imagen de María, y con el hombre de negocios que olvidándose de cuanto ocupa su imaginacion, llora de afecto y ofrece tambien sus flores ante el altar de la purísima María. Escribimos en la córte del reino Mariano por escelencia, donde tanto esmero se advierte por el culto de la Reina de los cielos y de la tierra, y justamente en los dias en que se están celebrando las flores de María en muchos templos de la capital¹. En algunos de ellos disfrutamos la honra de dirigir la palabra desde la cátedra del Espíritu Santo, á numerosos auditorios que acuden presurosos en alas de la mas acendrada devocion, con el deseo de tomar parte en las públicas alabanzas de María, y estamos presenciando un espectáculo consolador. La temprana asistencia por conquistar un puesto cercano á la imagen de María; la atencion con que son escuchados los oradores sagrados; el entusiasmo que se retrata en todos los semblantes; la alegría con que se repiten las preciosas letrillas que se cantan en su obsequio; todo esto que nos hace conocer que el amor á María se halla como grabado en el fondo de todos los corazones, mas de una vez ha hecho arrancar lágrimas á nuestros ojos, y nos ha hecho repetir por un movimiento particular que hemos experimentado, aquel bellissimo vaticinio que con tanta exactitud vemos cumplido: *Todas las generaciones me llamarán Bienaventurada*. ¿Y qué podremos esperar de María cuando de tal modo se ha despertado su devocion y el entusiasmo por sus glorias? Empero demos una rápida

¹ Mes de mayo de 1862.

ojeada á los beneficios que en todos tiempos ha dispensado á la humanidad, y despues veremos, atendido el carácter particular del presente siglo y su marcha, qué es lo que descubrimos para el porvenir. De este modo esplanaremos las dos últimas de las cuestiones que presentamos y daremos fin á la Historia de la vida de la Santísima Virgen María, para ocuparnos en el siguiente volúmen de sus advocaciones y demas asuntos que tenemos ofrecido, y que creemos satisfarán los devotos deseos de los lectores.

No pocas insinuaciones hemos tenido ocasion de hacer sobre este punto en el discurso de esta obra: pero no creíamos concluir la siguiendo el método que nos hemos propuesto, si ahora no nos estendiéramos en este asunto de tan vital é importantísimo interés.

Predicaba Jesucristo la celestial doctrina que venia á echar por tierra las absurdas doctrinas del paganismo, cuando una mujer entusiasmada esclama: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron.» ¡Voz sublime que habiendo sonado hace cerca de diez y nueve siglos resuena en los oidos de todas las generaciones! ¡Voz encantadora, que forma el primer eslabon de esa cadena de interminables alabanzas que de edad en edad, de siglo en siglo, viene tributando la humanidad á su escelsa protectora! Y no en vano los mortales acudieron á ella en todos tiempos para alcanzar el remedio de sus males, pues que han experimentado siempre los benéficos efectos de su proteccion. ¿Qué significa el recojimiento de esos hombres que con los piés desnudos y llevando en sus manos los despojos de un buque trepando á través de descarnadas rocas se dirijen á la cima de un monte donde tan solo se ve una pobre ermita? Son unos infelices marineros que van á postrarse ante la imágen de María cuyo nombre invocaron á través

de una horrorosa tempestad, viendo instantáneamente calmarse el aire y suceder al imponente aspecto del mar embravecido una apetecible bonanza. ¿Por qué vierte lágrimas ante el simulacro de María ese jóven en cuyo semblante aparecen aun las señales que demuestran haber sufrido una enfermedad cruel? Porque en el lecho del dolor y casi tocando el borde del sepulcro invocó el auxilio de la que es amparo de la humanidad, y vió alejarse la muerte que soltó su presa. A postrarse á los piés de María acuden tambien los reyes de la tierra deponiendo sus coronas, los poderosos ofreciendo sus tesoros y todos los afectos de tiernos y amantes corazones. Tan cierto es que nadie se ha escondido del calor de su caridad, que ninguno ha llamado á las puertas de su corazon que no las haya encontrado abiertas. Cada uno de los siglos del Cristianismo ha erigido monumentos que recuerdan á la posteridad beneficios dispensados por Dios por mano de María: mas alto y con mas elocuencia que nosotros pudiéramos hacerlo cuentan las misericordias de la Santísima Virgen la multitud de templos, bellas pinturas y encantadoras esculturas que la gratitud ha erigido para perpetuar la memoria de tan señaladas mercedes, dispensadas no solamente á individuos en particular sino tambien en general á los pueblos y naciones que se colocaron bajo su proteccion. No puede ser de otro modo, puesto que á sus manos ha confiado la distribucion de todas las gracias que el Señor por su mediacion reparte entre los mortales, como se esplica el devotísimo Ricardo de San Lorenzo.

¿Deberemos esperar con fundado motivo que por María cesarán los males que la humanidad viene experimentando en el presente siglo? Así debemos esperar, toda vez que en su nombre fueron vencidas todas las herejías de los antiguos

tiempos. La guerra que hoy ha declarado la impiedad al Catolicismo sino es tan descarada es por fatalidad mas funesta que las producidas por el paganismo y por el espíritu filosófico del pasado siglo. No se presentan herejes presuntuosos que manejando las perniciosas armas del sofisma tratan de combatir á la religion en sus dogmas ó en su moral: la presente guerra se presenta revestida con el deslumbrador manto de la hipocresía aceptando un catolicismo sincero y á toda prueba; escudados con el supuesto deseo de guiar á la humanidad á un estado de verdadera felicidad, proclámase funestas ideas que no pueden menos de conducir á las sociedades á una anarquía de las mas funestas consecuencias, así en el orden religioso como en el político ó civil. En virtud de estas ideas que con la mayor rapidez van adquiriendo prosélitos corren los hombres tras una independencia absoluta que les hace hollar todo principio de autoridad, menospreciar toda ley y no tener otro arreglo de conducta que los caprichos del corazon y las veleidades de la fantasía. A impulsos de este huracan revolucionario hemos visto caer los tronos, hundirse las dinastías y verse precisados á comer el pan siempre amargo de la emigracion aquellos príncipes á quienes aquellos mismos que contra ellos se rebelaran, no debieran otra cosa que beneficios sin cuento. Para los hombres que á tan lamentable estado vienen conduciendo á la sociedad no hay otra moral que la mas desenfrenada licencia; el vicio, la maldad, los mas espantosos crímenes son para ellos un heroismo, al par que la virtud un resto de los tiempos de la ignorancia. ¿Y quién podrá contener el rápido torrente de la iniquidad? ¿Quién salvará al mundo del horroroso cataclismo en que se vé envuelto? No dudamos afirmarlo. De María hemos de esperar todo. Este es su siglo; la declaracion dogmática

del misterio de su Concepcion es la prenda de nuestra esperanza: visiblemente estamos experimentando los benéficos efectos de su proteccion. El inmortal Pontífice Pio IX, que tan ardientemente la ama, y cuyos lábios han pronunciado el solemne fallo que ha llenado de alegría á los cielos y la tierra; ¿por quién sino por María es defendido de sus numerosos enemigos? ¿Quién está á su lado? ¿Quién dulcifica sus momentos de amargura? ¿Quién le alcanza del Señor, esa fortaleza admirable, que le está haciendo espectáculo admirable al mundo, á los ángeles y á los hombres? María, cuya proteccion experimentó de un modo el mas tangible, el memorable dia en que quedara ileso al arruinarse la parte del templo de Santa Inés de Roma, donde se hallaba rodeado de algunos prelados y de muchos fieles que demandaban su bendicion. Y en la actualidad, admira ver la tranquilidad de alma, la serenidad con que hace frente á la cruel persecucion que contra su augusta persona ha levantado la impiedad. Pio IX escucha sin que se altere su semblante el sordo é imponente ruido que producen las encrespadas olas del borrascoso mar de la impiedad y la mas negra ingratitud: pero nada teme; confia en la promesa divina de que todo el poder del infierno no será suficiente para conmover la Iglesia, y en la proteccion de María objeto de sus mayores delicias.

Quisieramos en verdad que los hombres observadores, fijasen su vista en Roma y contemplasen con detenimiento el sublime y grandioso espectáculo que está presentando á la faz del mundo entero: cuando las naciones todas de la Europa, se agitan al impulso de espantosas revoluciones que siembran por do quier el terror, la desolacion y la muerte: cuando monarcas cuyos derechos son incontróvertibles y que han dispensado beneficios sin cuento á sus va-

sallos, se han visto obligados á abandonar sus tronos, ocupados despues por la usurpacion: cuando la bella Italia, llamada con razon por la benignidad de su clima, por la fecundidad de sus campos y por la posicion que ocupa, jardin de la Europa, se ve convertida en un campo de Marte: cuando sus principales ciudades se ven oprimidas con los pesados hierros de una dominacion extranjera y tiránica, que sin piedad hace correr la sangre de sus hijos: cuando no se observa otra cosa que la desolacion de sus pueblos, y la muerte de sus habitantes, á los que no se les prueban otros delitos que el amor á su patria y á sus antiguas instituciones: cuando los enemigos de la religion, incendian los templos, destruyen sus muros, destrozando los baluartes de la doctrina santa y esparciendo sus preciosidades y tesoros †; cuando toda la Europa se estremece presagiando males sin cuento, un anciano venerable, sin fuerzas materiales, sin estar defendido por numeroso ejército, sin mas armas que la oracion; un varon lleno de virtudes y animado por una gran confianza en la proteccion del cielo: un Pontífice, digno sucesor de Gregorio VII y de los Pios VI

1 Si el lector tiene en cuenta el estado actual de la Italia, el abatimiento á que ha reducido la usurpacion á algunas de sus provincias, el torrente de sangre que ha inundado las calles de Napoles y otras ciudades importantes, los decretos publicados para extinguir las asociaciones religiosas, la profanacion de los templos y las demas desgracias porque está pasando una parte considerable de aquel desgraciado país, no estrañará que para calificar á los que obran males de tal tamaño nos sirvamos de las mismas espresiones con las que el Espíritu Santo da á conocer en el II de los sagrados libros de los Paralipómenos, la perfidia y maldad de los principes de los sacerdotes y del pueblo prevaricador que siguiendo las abominaciones de los Gentiles, profanaron la casa del Señor: hé aquí las palabras contenidas en el verso 19 del cap. XXXVI del citado libro: *Incenderunt hostes domum Dei, destruxeruntque murum Jerusalem, universas turres combusserunt, et quidquid pretiosum fuerat, demoliti sunt.* ¡Increible parece que hombres que profesan tales principios que necesariamente arrastran á las sociedades á una funesta anarquía destructora de todo lo bueno, encuentren entusiastas seguidores.

y VII, el gran Pio IX, permanece firme sobre su trono, sin que hayan sido suficientes para abatirle y despojarle de su poder temporal que por voluntad divina, y para mayor esplendor de la Iglesia, une á su poder espiritual, todos los esfuerzos de sus coaligados enemigos. Maria lo defiende, y lo sacará á salvo del borrascoso mar de las persecuciones; Maria que si siempre ha sido aclamada y bendecida por la humanidad, lo es con un entusiasmo indescriptible desde el momento en que Pio IX con la autoridad que ha recibido del cielo declaró dogma de fe el Misterio de su Concepcion en gracia, ruega indudablemente por su devoto Pontífice, y como sus ruegos son siempre escuchados, manifiesta nos es la causa de esa fortaleza invicta que adorna á nuestro amado y supremo Gerarca de la Iglesia. ¡Gloria á la Bienaventurada Virgen que es siempre el consuelo y el amparo de todos los que en ella ponen su confianza!

Que por Maria hemos de conseguir el remedio de todos nuestros males; que por ella debemos esperar la salvacion, es cosa que creemos haber demostrado con claridad. Con razon afirma con otros Padres San German, Patriarca de Constantinopla, que nadie consigne la salvacion sino por Maria: para comprender esta verdad, bástanos considerar las luchas continuas que tenemos que sufrir mientras somos viadores; los mil peligros de que nos vemos rodeados, y los sinsabores que experimentamos. Bástanos á través de tales azares invocar el nombre de Maria para encontrar consuelo; bástanos implorar su proteccion para que queden remediadas nuestras desgracias, si la fe guia nuestros ruegos. Débil y miserable nuestra naturaleza, propensos al mal y al pecado, caeriamos indudablemente de precipicio en precipicio, y no dariamos un paso seguro y firme en la senda de la salvacion, si Maria no alejase de nosotros los

peligros, si no nos cubriese con su manto, si no nos alcanzase los divinos auxilios. Madre nuestra, adornada de un corazon benignísimo, y dotada de un gran poder de intercesion, su ocupacion en el cielo es pedir gracia para los infelices pecadores. ¡Ojalá que sabiendo cimentar la devocion que tantos bienes reporta á la humanidad, en la observancia de la ley divina que profesamos, lleguemos á alcanzar por ella la salud y vida de nuestras almas! Dedicuemos nuestro último capítulo á dar siquiera una rápida ojeada por el bello cuadro de sus glorias.

CAPITULO XII.

Glorias de Maria.

Si bien nos ha parecido oportuno dedicar el último capítulo del presente volumen á cantar las Glorias de la Virgen María para coronar la Historia de su vida que con el mejor deseo aunque con no acertado tino hemos trazado, no dejamos de conocer cuán insuficiente somos para llevar á cabo de un modo digno nuestro trabajo. El formar un cuadro que dé á cononer las Glorias de la Bienaventurada Madre de Dios y de los hombres, empresa es superior á la escasez de nuestros conocimientos. Y por otra parte: aunque estuviésemos adornados de las mas claras luces, ¿cómo seria posible reducir á los estrechos límites de un capítulo final, las glorias de cerca de diez y nueve siglos? ¿Cómo poder hablar de la multitud de preciosos documentos que encontramos en las obras de los Padres y célebres escritores de todas las edades? ¿Cómo numerar los bellos y magníficos monumentos que la fe, la piedad y la mas acendrada devocion ha erigido para perpetuar la memoria de sus magnificencias y de los grandes beneficios que á ella debe la humanidad? Do quiera que dirijamos nuestra vista encontramos iglesias que están consagradas á su nombre: no hay uno de nuestros templos donde no se venere con la mayor devocion alguna imágen suya. Los cristianos mas tibios no se entregan al sueño sin saludar á María; los fervorosos se han impuesto como una obligacion el saludarla tres veces al dia, por la mañana, al medio dia y al ocaso